

NOTAS ACTUALES

BOLETIN DE LA EMBAJADA DE LOS ESTADOS UNIDOS

4 de julio de 2002

No. 439



EL 4 DE JULIO POR JOHN UPDIKE



Oleo de 12 x 18 pies encargado al artista John Trumbull, en 1817, fue adquirido en 1819. La primera pintura que Trumbull terminó, muestra la firma de la Declaración de la Independencia en lo que ahora se llama El Hall de la Independencia, en Philadelphia, el 4 de julio de 1776. La pintura muestra al comité que redactó la Declaración de la Independencia, John Adams, Robert Sherman, Thomas Jefferson presentando el documento, y Benjamin Franklin parado delante de John Hancock, el presidente del Congreso. La pintura incluye retratos de 42 de los 56 signatarios y de otros 5 patriotas. El artista bosquejó a los individuos y al salón en vivo.

El 4 de julio, Día de la Independencia, los estadounidenses celebran la aprobación de su Declaración de Independencia en 1776. En este ensayo el reconocido novelista John Updike evoca el rico enjambre de imágenes y sentimientos que sus compatriotas han asociado tradicionalmente con

«Este, el día de fiesta más típicamente estadounidense de todos».

Es la voluntad humana la que ha distribuido tan convenientemente los días de fiesta en el calendario. El verano estadounidense tiene tres fechas para dividir sus etapas: el Día Rememorativo que señala

su comienzo, el Cuatro de Julio que marca la llegada a su plenitud y el Día del Trabajo que lo lleva a un suave final. De estas tres fechas la primera y tercera fueron inventadas y adjudicadas al año por fiat del gobierno y el mismo Cuatro es algo arbitrario. El Congreso Continental en realidad declaró que «estas Colonias Unidas son y por derecho deben ser Estados Libres e Independientes» el 2 de julio de 1776, y el Cuatro simplemente votó para aprobar la Declaración de Independencia, que fue leída en público en el jardín del edificio de la legislatura del estado de Pensilvania, en Filadelfia, el ocho de julio. No fue copiada en pergamino y firmada por los delegados que estaban presentes hasta el dos de agosto, y el último de sus 56 signatarios, Thomas McKean, de Delaware, no agregó su firma hasta 1777. El primer aniversario del Cuatro de Julio fue celebrado ese año en Filadelfia, con desfiles y oratoria y fuegos artificiales y el toque de campanas y esa costumbre cundió y ha perdurado. Este, el día de fiesta más típicamente estadounidense de todos, sirve para recordarnos, si nos interesa, que los padres de nuestra patria, con pelucas y ... levitas adornadas con encajes, se reunieron y debatieron, y con una tremenda ansiedad, y con delicadeza e ingenio, urdieron la trama del tejido de nuestra nación, en medio de un verano de calor bochornoso e in-

sectos pululantes, propio de la Filadelfia de antes del advenimiento del aire acondicionado y los pesticidas.

Los europeos del norte que vinieron a esta tierra encontraron veranos más calientes de los que conocían y tardaron en acomodar su vestuario. Durante gran parte del siglo XIX, la clase media se mantuvo abotonada hasta el cuello y voluminosamente envuelta en colores oscuros y sólo los subprivilegiados tenían el privilegio de vestir ligeramente. El Cuatro de Julio todavía nos recuerda ese aflojar de final de siglo, la llegada de los sombreros de paja y los vestidos de lino; el recurso de los hoteles de amplios porches y riscos arenosos con peldaños de madera para escaarlos; el descubrimiento del verano estadounidense como otro continente, una tierra de hielo y helados y béisbol y picnics en la playa y conciertos al aire libre, de libertad sentida en el cuerpo mismo. Hemos dado lugar a un nuevo mundo de hombres enrojecidos y mujeres bronceadas cuasidesnudos viviendo en tiendas de campaña y cocinando al aire libre a la orilla del mar o del lago. En el mar y el lago y la montaña es donde tiene su imperio el Rey Verano y los fuegos artificiales son el anuncio de su toma de posesión.

Con todo, los fuegos artificiales tienen su toque de tristeza. Son caros, algo peligrosos y se terminan pronto. En su rápido des-

censo en jirones y chispas finales, imponen nuestra pasión y mortalidad en el cielo nocturno. Aunque el Cuatro marca el comienzo del verdadero ardor del verano, ya los largos atardeceres de junio se retraen y para el final del mes los días de luz trémula y resplandeciente han sido perceptiblemente acortados a pequeños mordiscos. Este día de fiesta tiene un trasfondo de madurez perfecta; alcanza su clímax en la oscuridad, no mucho antes de la hora de dormir, al contrario de lo que sucede con la Pascua y la Navidad, cuyas nuevas gozosas llegan en la mañana, o con el Día de Acción de Gracias, que indolentemente llega a su punto culminante en media tarde. También parece ligeramente melancólico el gran despliegue en rojo, blanco y azul del Cuatro de Julio, que hace eco en retrospectiva de un patriotismo primitivo que sólo puede hacernos sentir un poco culpables e inadecuados, como lo hacía el Aniversario de Washington, hasta que fuera descortésmente apelotonado en el Día de los Presidentes, un día de fiesta insípido, una excusa invernal para tener un fin de semana de tres días.

Las fogatas, quizá más que los fuegos artificiales, tienen la sazón básica del Cuatro. El evento inicial tenía el sabor acre del desafío político, el chisporroteo de la depuración violenta que es el propósito de toda revolución. Los hombres, cuyas firmas formales

y encantadoras se alinean sobre el pergamino de la Declaración de la Independencia, estaban arriesgándolo todo y, por espacio de ocho años, hombres de muchas nacionalidades murieron para que pudiera nacer una nación más. Nuestra revolución parece, en el desván de las imágenes que nos son comunes, una especie de guerra con tirabalas, con coros de soldados británicos en casacas rojas y de milicianos; aún los harapos de las tropas de Washington en Valley Forge y su cruce del río helado Delaware dan la impresión de cosa estilizada y épico-burlesca. Las fogatas, que en

algunos pueblos todavía se apilan a la altura de un edificio en la plaza mayor, nos recuerdan, al igual que el Día de La Bastilla y el Día de Guy Fawkes lo hacen con los ciudadanos de otras soberanías, que las conflagraciones y las constituciones se acompañan de cerca y que la condición de estado establecido descansa sobre la violencia triunfante. Es téticamente apropiado que cada año, cuando los fuegos artificiales fallan y las canoas se vuelcan, el Cuatro de Julio queda marcado por unas pocas muertes más de estadounidenses. Extrañamente, el otro aniversario nacional significativo que tiene lugar en pleno verano es el Día V-J, que celebra la rendición de Japón a nuestras bombas atómicas.



Con el resplandor de la silueta de la ciudad de Manhattan en primer plano, los fuegos artificiales del 4 de julio explotan en lo alto encima de Nueva York mientras la ciudad celebra el Bicentenario vigésimo segundo aniversario de los Estados Unidos y el centenario de Nueva York, con el espectáculo pirotécnico más grande para el Día de la Independencia visto, el sábado 4 de julio de 1998. AP/ WWP Demitrius Balevski.

Los recuerdos que uno tiene del Cuatro tienden a fundirse, de la misma manera que los días de verano se funden uno en otro. Mi padre, en el patio lleno de luciérnagas de mi primera casa, prende un paquete pequeño de petardos y dardos y da un salto dramático hacia atrás, y todos nosotros formamos un círculo de admiración, a una distancia que esperamos sea segura, mientras el artificio se retuerce y salta y alborota con su ruido furioso y frustrado. Quiere matarnos y no puede. Yo, con el brazo estirado todo lo que puedo, sostengo una luz de Bengala, maravillado de que sus chispas no queman. Luego hay algo que nosotros los niños llamamos «culebra», que arde convirtiéndose en una rosca de

ceniza gris. La forma como se adquieren estos fuegos es por lo menos tan fascinante como su combustión: están prohibidos en Pensilvania y han sido traídos de contrabando de otros estados más tolerantes; el tráfico ilícito en fuegos artificiales es una característica tan peculiar de nuestra vida nacional como las placas de matrícula de diferentes colores; la edad en que se pueden comprar bebidas alcohólicas, que sube y baja según se cruzan las fronteras de los estados y, para los adultos de verdad, la ensaladilla de leyes que rigen el divorcio y el aborto. Estas discrepancias contribuyen a hacer de Estados Unidos un sitio más interesante para vivir y dan una idea de lo que tenían que enfrentar quienes quisieron unir-

nos originalmente.

Más tarde, ya siendo padre yo mismo, llevé camionetas llenas de dormilones a pueblos y playas y clubes campestres donde los espectáculos de fuegos artificiales, por siempre amenazados por regulaciones locales y presupuestos limitados, todavía se presentaban. Una vez, desde el muelle de Edgartown, vimos los fuegos artificiales en una niebla espesa, tonos sutiles aparecían en la bruma por arriba de nosotros y el ruido de las explosiones descendía tardíamente. En el Country Club de Essex, en Manchester a la Orilla del Mar, un campo de golf fue el escenario, los miembros, en esmoquin de verano y trajes largos, observaban el espectáculo desde un enclave cercado con sogas, mientras que nosotros, los no miembros, nos apiñábamos en los hoyos de arena. En 1976, en el segundo centenario de nuestra independencia, un día esplendoroso en todo el país, mi esposa y yo salimos en avión de Chicago, y abajo de nosotros, desde Indiana hasta Massachusetts, los fuegos artificiales silenciosamente se expandían y esfumaban como pequeñas y suaves flores de dientes de león. Unos pocos años más tarde, ella y yo fuimos parte de la gran multitud que observa el Cuatro de Julio en Washington y llena la alameda desde el monumento a Lincoln hasta el Capitolio; los fuegos artificiales, alrededor del monumento a Was-

hington, parecían muy lejanos, como lo parecen la mayoría de las cosas en esta ciudad grandiosamente esparcida. Más recientemente ..., de regreso a mi jardín, luego de un tedioso despliegue local, descubrí que los fuegos artificiales se ven más grandes y más asombrosos cuando se miran por encima y a través de los árboles, como la luna (ese viejo explosivo que no termina de pestañear), adquieren de un horizonte cercano un aspecto imponente. Esos crisantemos y medusas gigantes, avanzando a empujones y pulsando justo por encima de las siluetas de mi árbol de la vida y mi nogal, parecían visitas del espacio, de más allá de nuestras tres dimensiones incorpóreas.

El Cuatro de Julio es, desde luego, más que fuegos artificiales. Hay, o había, desfiles y carreras a pie, meriendas en la playa con almejas asadas en las piedras y mazorcas tiernas de maíz, partidos dobles y quemaduras de sol y dispepsia y cerveza. Su ventaja como día de fiesta es que no se espera que uno haga regalos o consuma ave alguna de gran tamaño; su desventaja es su clímax retardado. Dura todo el día. Una novela enorme, otrora de alguna fama, Raintree County por Ross Lockridge, se desarrolla totalmente (con todo y narración retrospectiva) durante un Cuatro de Julio, en 1892.

En un momento dado, durante el día, uno tiene la sensación de encontrarse en Kansas. El Cuatro

de Julio está tan cerca del centro del año como Topeka lo está geográficamente del centro de los 48 estados colindantes. Es el eje inmóvil, un tanto alarmante en su quietud, una quietud que oímos entre las explosiones de los fuegos artificiales, el estrepitoso quiebre de las olas en su avance y el matraquear de guijarros en su retiro, el rugir de los autobotes, los radios en la arena, el silbido de las bebidas gaseosas al abrirse. No toda nuestra diversión deliberada y desafiante puede ocultar bien el frío silencio estadounidense de ese largo día. Las nubes son altos jirones de cirros helados; hace frío allá arriba. La parte superior de los pies y la punta de la nariz duelen de tantos rayos ultravioletas y aún después de una ducha, la arena sigue bajando intermitentemente por el cuello. El gran acto final, con sus cohetes girando como estrellas y sus franjas ondulantes rojas y blancas y su águila sonriente esbozada en fósforo, es más bien un desinfe, a pesar de que el Comité para la Conmemoración del Día de la Independencia invirtió nada menos que mil dólares en él y el contratista de los fuegos artificiales (una compañía japonesa, de casualidad) prácticamente garantizó el éxito. Como la mayoría de las fiestas de cumpleaños, el Cuatro de Julio nos hace un poco cautelosos, un tanto irritables. Estamos impacientes por seguir adelante con la vida. Que comience el verano. ■

NUESTRA BANDERA SEGUIA AHI

POR EDWARDS PARK

Copyright © 2000 Edwards Park. Publicado originalmente en el *Smithsonian*, julio de 2000.

Cada hora solía aparecer este fantasma del pasado. Una cortina caía para revelarla, cubriendo toda una pared del gran lobby del Museo Nacional de Historia Americana e su ingreso por el Mall. Claro. Era la gigantesca bandera estadounidense que flameó sobre el Fuerte McHenry una calurosa mañana de verano en 1814. «Era», porque ese objeto, la Bandera Rutilante de Estrellas original, no «sigue ahí». Los efectos de su antigüedad la bajaron, algo que los británicos no pudieron hacer hace 186 años.

Se está limpiando y reavivando a esa gigantesca bandera, uno de los tesoros que más enorgullecen al Instituto Smithsonian, en una sala a 150 pies de ahí, y uno puede ver lo que ocurre. Observa el laboratorio de conservación y ahí está la vieja bandera, estirada como en espera de que el cirujano se esterilice. No obstante, es un equipo de conservadores que realiza la operación, sentándose al lado de la frágil tela, estudiando cada pulgada, examinando cada falla. Dicen que completarán su trabajo el año 2002.

Una exhibición a lo largo del corredor brinda suficientes antece-



Anisha Stroud de 5 años y su hermano Dexter de 4, mueven sus banderitas durante el Desfile del 4 de Julio en Atlanta, Georgia. El desfile continuó a pesar de una lluvia torrencial el año pasado. AP/WWP Alan Mothner.

dentos que desafían muchas ideas que pudiste haber atesorado sobre las glorias de la Guerra de 1812. Un episodio que es difícil de olvidar, por más que quisiéramos, es el saqueo de nuestra capital nacional en 1814. Un cuerpo expedicionario llevado a tierra desde la bahía de Chesapeake, marchó tierra adentro en el húmedo calor de agosto y se dirigió a la «Ciudad de Washington». Nosotros reunimos todos los milicianos que pudimos y nos arriesgamos a enfrentar a los invasores en el suburbio de Bladensburg. Al primer vistazo a los casacas rojas que se acercaban, bayoneta ful-

gurante en mano, la mayoría de los nuestros huimos a nuestros hogares tan rápido como nuestras fatigadas piernas nos llevarían. Esa batalla se llegó a conocer como las Carreras de Bladensburg.

Los británicos también estaban exhaustos, pero continuaron su camino a Washington, quemaron el Capitolio y muchos otros edificios e ingresaron por asalto a la Casa Blanca. Antes de incendiarla, los oficiales se sentaron a una suntuosa cena que había sido preparada para el Sr. Presidente James Madison y Sra., que habían huido precipitada-



Jay Smith vende banderas en el puerto interno de Baltimore el martes 3 de julio de 2001, en preparación para la celebración del 4 de julio. AP/Eric Stocklin.

mente, con Dolly Madison afe-
rrada al retrato de George Was-
hington hecho por Gilbert
Stuart.

No obstante la guerra no fue uno
de nuestros mejores momentos,
tuvo, sí, sus instantes, y es allí
donde la bandera que hoy se en-
cuentra en el Smithsonian hizo
su debut. Al dejar Washington
humeando, las tropas británicas,
exaltados por su éxito (y el vino),
marcharon a la Bahía para reunir-
se a su flota y atacar el vital puer-
to marítimo de Baltimore. Noso-
tros, los estadounidenses, humil-
des, pero encolerizados, final-
mente nos levantamos en esta
ocasión. Líderes hábiles apare-
cieron y fortalecieron las defen-
sas de Baltimore, reforzando al
Fuerte McHenry, a cargo del res-
guardo del puerto, por medio de

baterías de playa. Más milicia-
nos llegaron desde Pennsylvania
y Virginia y un regimiento de sol-
dados regulares también hizo su
aparición.

Anteriormente, en el segundo
año de la guerra, el nuevo co-
mandante del Fuerte McHenry,
Mayor George Armistead, había
pedido una bandera del nivel del
fuerte para que flamee sobre este,
«tan grande que los británicos no
tengan dificultad de verla desde
la distancia». Se otorgó el pedi-
do, y Mary Pickersgill, que com-
plementaba su paupérrima com-
pensación de viudez elaborando
banderas para los navíos de
Baltimore, comenzó la fabrica-
ción de una bandera de guarni-
ción de dimensiones normales,
42 pies por 30, con 15 estrellas
de 26 pulgadas de lado y franjas

de dos pies de ancho, 15 de ellas,
pues el número de franjas no se
revirtió al número original de 13
hasta 1818.

Ahora los británicos realmente
llegaban. Hinchidos por la vic-
toria, y sumamente fatigados,
acamparon en Upper
Marlborough. En su camino a
Washington, habían usurpado la
propiedad del Dr. William
Beanes, un exaltado señor de 65
años, una eminencia en su pro-
fesión. Para este momento, con
los británicos llegando al pueblo
nuevamente, los fanfarrones ca-
sacas rojas molestaban a Beanes
y sus invitados a cenar. Salieron
a frenar el ruido y hicieron que
se encarcelase a los soldados
ebrios. Debido a esto, los britá-
nicos ordenaron que Beanes fue-
se hecho prisionero.

Estupefactos, los amigos del doc-
tor intentaron lograr su libera-
ción. La negociación con el co-
mando británico requirió de un
negociador capaz de ser encan-
tador y aún así pueda poner fir-
memente a los almirantes y ge-
nerales en su lugar... ¡Eso! ¡Francis
Scott Key!

Key era una de esas personas que
conocían a todo el mundo. Para
1814, era abogado y tenía popu-
laridad, con una esposa rica y una
linda casa en Georgetown, viejo
vecino rico de la pequeña y
lodosa Washington. Le gustaba
escribir poesía, afición no tan
inusual hace dos siglos. Era un
buen hombre, un pacifista que
odiaba esta guerra pero servía

como oficial en una compañía de artillería de Georgetown. En suma, este capaz, estimado y bien conectado aficionado era la elección perfecta para una misión extremadamente difícil, si no imposible.

Las cartas se intercambiaban a lo largo de las líneas de batalla. A regañadientes, los británicos acordaron permitir a Key y al Coronel John Skinner, a cargo de intercambio de prisioneros, hacer su pedido si lograban llegar a la flota británica que subía por la Bahía Chesapeake. Key y Skinner saludaron a buque británico desde su pequeña embarcación, se los llevó a bordo y les informaron que Beanes corría el riesgo de ser colgado. Key se puso a trabajar, recalcando que el doctor había tratado a soldados británicos con el mismo cuidado y atención que lo había hecho con los norteamericanos. Ese argumento se ganó al comando británico. El Dr. Beanes podía irse, pero tanto él como sus rescata-dores debían permanecer junto a la flota hasta que Baltimore sufriese el mismo destino que Washington. Bajo la guardia de infantes de marina, el grupo de Key terminó en su pequeño navío siendo remolcado por el buque bandera británico mientras se acercaba a la Bahía.

El 11 de septiembre, la flota británica se reunió, 50 navíos, yendo desde el buque bandera de 80 cañones hasta fragatas de 74 marineros y de 38 y 36 cañones,

para bombardear buques (en realidad gigantescas balsas). Los barcos de transportes llevaban a los «Invencibles de Wellington», los 4000 o más soldados que habían disfrutado tanto en Washington. Temprano en la mañana, del 12, los casacas rojas llegaron al este de Baltimore y atacaron las milicias reunidas. Y es ahí cuando las cosas se desmoronaron para los británicos. Dos francotiradores norteamericanos rápidamente dieron cuenta del comandante general británico, y a pesar de que algunos milicianos huyeron precipitadamente, muchos se quedaron firmes. El clima húmedo y lluvioso cooperó con la causa norteamericana. Los Invencibles se retiraron y acamparon, esperando que la armada hiciera su labor. Los navíos primero debían deshacerse de ese molesto Fuerte McHenry.

La mañana siguiente, en una lluvia torrencial, los buques bombarderos abrieron fuego con estruendo desde unas dos millas más abajo de Fuerte McHenry, muy fuera de su alcance. Los morteros, algunos de 200 libras, se remontaban al cielo para luego sumergirse en el fuerte y explotar creando lluvias de escombros. Key, Skinner y Beanes tenían una vista distante desde su pequeña embarcación. Hicieron una bandera, que flameaba débilmente en el aire húmedo.

Durante todo el día los cañones rugieron. Los novedosos cohetes Congreve silbaban hacia el

fuerte con la esperanza de comenzar incendios. Cuando los buques bombarderos o de morteros enemigos se acercaban para lograr mayores golpes, los norteamericanos abrían fuego con todo lo que tenían y hacían retroceder a los británicos.

Cayó la noche. El tremendo bombardeo se calmó para que botes llenos de tropas británicas pasaran al fuerte para atacar a la ciudad. Los estadounidenses se dieron cuenta de esta maniobra y sus cañones rugieron. Nuevamente, los británicos tuvieron que retroceder fuera de su alcance. Desesperados por terminar con el fuerte, redoblaron sus cañonazos, las bombas hacían espirales en el cielo nocturno, con sus mechas dejando un rastro, para luego caer hacia su brillante explosión. Key veía sin respiro, dándose cuenta que el rugir de las baterías británicas significaba que el fuerte aún resistía; en la luz de las explosiones pedía que la bandera siguiera ahí.

Y, en las primeras y tímidas luces del alba, justo cuando el comando británico cesaba su campaña contra Baltimore, él la vio. La lluvia había cesado; una ráfaga de viento la irguió, y pudo distinguir el rojo de las franjas, el cuadrado azul. La bandera estadounidense.

Como poeta, Key se vio súbitamente conmovido e instintivamente creó las rítmicas frases que describían sus emociones. Toda la noche, las palabras habían

dando vueltas en su cabeza: orgullosamente saludaba... flameando galantemente... bombas explotando en el aire... eran prueba... ¡Sigue Ahí! Por ahora las escribió en la parte de atrás de una carta. Una vez seguro en Baltimore, escribió y pulió la canción. Por supuesto, tenía que ser canción.

La letra de «La Defensa de Fort McHenry», como la llamó a un principio, encajaba perfectamente con una vieja tonada favorita de muchos: «A Anacreón en el Cielo». Esa era la canción de un club masculino popular en Londres, la Sociedad Anacreóntica, que honraba a un antiguo poeta griego que daba lírica a los disfrutes de la vida. Sus miembros se dedicaban a la buena comida, el buen vino y los buenos can-

tos. Habían compuesto una tonada placentera, ligera y uno de los presidentes del club le había puesto la letra, una elegante comunicación con Anacreón, divertida para cantar:

***A Anacreón, en el cielo, donde se sentaba
en pleno regocijo,
Pocos hijos de la armonía enviaron una
petición,
Que él sea su inspirador y patrono;
Cuando esta respuesta llegó del alegre y
antiguo griego,
«Que la voz, violín y flauta,
Ya no estén mudos;
Les prestaré mi nombre y además los
inspiraré
Y para colmo, los instruiré, para que
como yo entretejan
El arrayán de Venus con
el vino de Baco».***

La música fue un éxito en Estados Unidos. Una canción pa-

triótica, «Adams y la Libertad» (que luego cambiaría de título por «Jefferson y la Libertad»), adoptó la tonada, que también se utilizaba para una canción que homenajeara la guerra naval contra los piratas bérberos, a principios del siglo diecinueve: «Cuando el guerrero retorna, del fragor de la batalla, Al hogar y el país que noblemente defendió...». Y, ¿quién la había escrito? Francis Scott Key.

«La Bandera Rutilante de Estrellas» era popular, pero no fue nuestro himno nacional. No fue sino hasta 1931 que el Congreso le otorgó esa condición. Antes de ello, habíamos utilizado «My Country 'Tis of Thee» (Mi País es tu País), nuestra versión de «Dios Salve al Rey (o la Reina)» como himno. Pero la canción de Key, tocada más lento que la tonada original, con algunos acordes perfectos y redobles de tambor, funciona bien porque tiene que ver con nuestra bandera. Nosotros, los norteamericanos no tenemos rey o reina. Tenemos una bandera.

El Instituto Smithsonian la obtuvo en 1907, como préstamo del nieto de Armistead, que luego se volvió un regalo. Una extraña V roja puede haber sido el principio de la A de Armistead. Algunas piezas faltantes probablemente fueron cortadas para recuerdos. No era muy probable que hubieran sido arrancadas por el bombardeo. En esa lluvia, la bandera se hubiese colgado pegada al mástil, con muy pocas



Kazutoyo Arai de Saitama Japon, a la izquierda; Eric Booker de Long Island, Nueva York al centro; y Takeru Kobayashi de Nagano Japon ala derecha; durante la famosa competencia de los Hot Dogs de Nathan's del 4 de julio en Coney Island Nueva York. El ganador fue Kobayashi, quien impuso un nuevo record mundial de comer 50 hot dogs y su pan en 12 minutos. AP/Richard Drew.

probabilidades de ser alcanzada. De hecho, algunos expertos creen que la gigantesca bandera de Pickersgill no fue enarbolada en absoluto hasta esa limpia mañana cuando Key la vio; otra bandera había flameado en la lluvia. El impacto que tuvo en Key el ver finalmente el enorme emblema de su amado país revelado en la brisa matutina, atacada, ridiculizada, pero todavía en la lucha, debió haber sido explosivo. Aún en estos días de cinismo, los estadounidenses que han vivido fuera por un tiempo, y repentinamente se topan con las Estrellas y Franjas, tienen una sensación emotiva sobrecogedora, el pulso se acelera, la respiración se acorta, la garganta se tensa. En el poema narrativo de Alice Duer Miller «Los Precipicios Blancos», una niña norteamericana, que vivía en Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial, siente la rabia de Bretaña y desazón ante nuestra continua neutralidad durante tres años de sufrimiento. Luego llegan los «doughboys» norteamericanos (soldados de infantería) en su camino a las trincheras:

Marchando por Londres al ritmo del aire jactancioso,

Viendo por vez primera Piccadilly y Leicester Square,

Todas las bandas tocan: «Over There, Over There,

Send the word, send the word to beware»

Y al paso de la bandera americana ondeante. Los ingleses se descubrieron y se pusieron a llorar.

HIMNO NACIONAL LA BANDERA DE ESTRELLAS

Amanece: ¿no veis, a la luz de la aurora,
Lo que tanto aclamamos la noche al caer?
Sus estrellas, sus barras flotaban ayer
En el fiero combate en señal de victoria,
Fulgor de cohetes, de bombas estruendo,
Por la noche decían: «!Se va defendiendo!»

Coro:

!Oh, decid! ¿Despliega aún su hermosura estrellada,
Sobre tierra de libres, la bandera sagrada?
En la costa lejana que apenas blanquea,
Donde yace nublada la hueste feroz
Sobre aquel precipicio que elévase atroz
¿Oh, decidme! ¿Qué es eso que en la brisa ondea?
Se oculta y flamea, en el alba luciendo,
Reflejada en la mar, donde va resplandeciendo

Coro:

!Aún allí desplegó su hermosura estrellada,
Sobre tierra de libres, la bandera sagrada!
¿Oh así sea siempre, en lealtad defendamos
Nuestra tierra natal contra el torpe invasor!
A Dios quien nos dio paz, libertad y honor,
Nos mantuvo nación, con fervor bendigamos.
Nuestra causa es el bien, y por eso triunfamos.
Siempre fue nuestro lema «¡En Dios confiamos!»

Coro:

!Y desplegará su hermosura estrellada,
Sobre tierra de libres, la bandera sagrada!

(Versión en español de Francis Haflkine Snow. Copyright 1919)



EL HOGAR DE LOS VALIENTES

POR BO NILES



Marilyn Jones a la izquierda y Tracy McGee, profesoras de 5 de secundaria de Colegio Colt Andrews School en Bristol, Rhode Island, miran a través de su ventana de su clase que sus estudiantes pintaron para mostrar su patriotismo después del ataque del 11 de septiembre.

Luego de cerca de 30 años, doy casi por sentada la existencia de mi barrio; sin embargo, en las raras ocasiones cuando me siento y pienso al respecto, veo que este lugar es bastante sorprendente. Cualquier día y a pocas cuadras de donde vivo, puedo encontrar gente representativa de más de dos docenas de nacionalidades o grupos étnicos, hombres y mujeres que se han

reubicado en este país y esta ciudad desde lugares distantes y culturas muy diferentes. Hago mis mandados semanales en el almacén libanés, la verdulería coreana, la florería griega, la lavandería china, la panadería francesa, el sastre hindú, la limpieza en seco israelí, la pescadería japonesa, la bodega portorriqueña. Nuestro barrio se halla delimitado por una iglesia rusa

ortodoxa, en un extremo, y una mezquita recientemente erigida, en el otro. A mediodía, cuando los colegios del barrio dejan salir a los estudiantes para el almuerzo, estos se van charlando en francés e italiano, lo cuál no es de sorprender si vemos que la Lycée francesa y la Scuola italiana colindan en su parte trasera, a tan sólo una cuadra de la pizzería siciliana favorita de los chicos. Toda esta gente vino, como mis ancestros lo hicieron en su momento, para crear una vida mejor para sí y sus familias en un Nuevo Mundo.

Dado que vivo en este lugar excepcionalmente familiar por más de la mitad de mi vida, ya casi había olvidado que se siente al empacar y dejar todo atrás para comenzar de nuevo en un lugar totalmente desconocido y no familiar. Casi, porque mi familia hizo precisamente eso en 1958 cuando apenas cumplía los 14 años. Empacamos, dejamos todo atrás y nos mudamos a Italia. Pero solo íbamos por una temporada, no para toda la vida. Lo que hicimos fue una aventura y, uno podría añadir, un gusto que nos dimos por la música. Mi padre, pianista-compositor había heredado algo de dinero, por lo tanto, mis padres sabían que tendríamos las comodidades necesarias por un año o más. Lo que

quizá pudimos haber previsto, pero que no pudimos imaginar a cabalidad antes de partir, fue cómo iba a ser vivir como extranjeros en otra tierra. Ubicar un lugar para vivir, encontrar un colegio para nosotros los hijos, encontrar un profesor del idioma para mis padres, en pocas palabras, encontrar una nueva vida. Todo nos resultó muy extraño. Extraño e intimidante, pero en suma, maravilloso.

El superar esa sensación de extrañeza, o el integrar ese sentimiento a la experiencia de uno, o adaptar el mismo a una forma totalmente nueva de sentir y ser, para mí es un acto verdaderamente valeroso. Quedo mudo ante el coraje que se necesita para dejar todo atrás y no llevar absolutamente nada, a diferencia de mi familia, y comenzar una nueva vida en base a esperanzas, sueños, recuerdos y la ropa que uno lleva puesta. Mi familia no pudo, ni mucho menos, pretender alcanzar ese nivel de coraje cuando nos mudamos al extranjero. No obstante, creo que fue un acto valiente de mis padres el dejar sus familias, quienes criticaban su decisión (especialmente con hijos) y se preguntaban que rayos querían probar. Creo que fue valiente por parte de mis padres el esperar y soñar que podrían crear una nueva vida para todos nosotros sobre la base de la música y el arte. Tuvi- mos la fortuna de que la cultura en la que nos vimos inmersos

alimentaba esas esperanzas y sueños. Durante nuestra estadía de seis años en el extranjero, mi padre se dio cuenta de que es lo que quería hacer por el resto de sus días, un descubrimiento que él pudo traducir en un cambio de carrera a nuestra vuelta a los Estados Unidos permanentemente.

La historia nos cuenta sobre los millones de inmigrantes que han llegado a América como consecuencia de la guerra o persecución o hambruna. La mayoría comenzó de nuevo, lentamente generando nuevas vidas para sí. Muchos aprendieron nuevos negocios y habilidades. Algunos tomaron, o se les dio, nuevos nombres. Algunos asumieron nuevas identidades. Todos querían una nueva vida.

El cuatro de julio, al ver la bandera de los Estados Unidos, fla-

meando tan grandiosamente al inicio de tantas marchas y agradando las fachadas de tantos hogares, ese azul cubierto de estrellas parece desplegarse y, como los fuegos artificiales característicos de esta fecha, estallar hacia la reluciente bóveda del cielo. En lugar de 50 estrellas que representan a 50 estados, veo un firmamento de millones de ellas, cada una representando a una cultura y a un idioma y a una herencia, todas las cuáles se han convertido en parte de esta tierra, llamada por todos nuestro hogar.

En este día, la bandera parece estar particularmente más brillante. Nos incita a examinar nuestro más profundo ser y considerar el potencial de quienes somos y quienes podemos ser en la tierra de la libertad, el hogar de los valientes. ■



Selección del



CENTRO DE INFORMACION Y REFERENCIA

La cultura norteamericana se globaliza ¿o no?

Richard Pells

Chronicles of Higher Education, 12 de abril de 2002.

Desde el 11 de septiembre mucho se ha dicho sobre cómo la cultura masiva estadounidense inspira resentimiento, y en ciertos casos una reacción violenta, no sólo en Medio Oriente sino en todo el mundo.

En este artículo, el autor hace notar que Estados Unidos siempre ha sido tanto un receptor como un exportador de la cultura global. El autor sostiene que la cultura masiva norteamericana no ha transformado al mundo en una réplica de los Estados Unidos. En realidad, la dependencia de los Estados Unidos de culturas extranjeras ha hecho que los Estados Unidos sea una réplica del mundo.

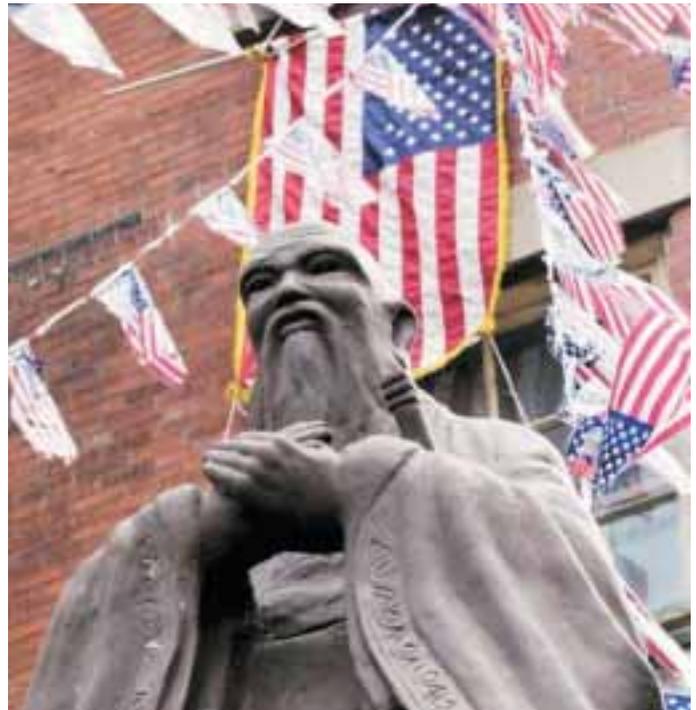
R. Pells es catedrático de Historia de la Universidad de Texas en Austin. Es autor del libro Not Like Us: How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture Since World War II (1997).

Si desea una copia de este artículo (solamente en inglés) llame al IRC

Sección Cultural e Informativa • Embajada de los Estados Unidos
Tel. 243-5078 • Fax 243-3006
irclapaz@pd.state.gov

SITIOS RECOMENDADOS

- *Historia de los EE.UU. (español)*
<http://usinfo.state.gov/espanol/eua/hist.htm>
- *EE.UU.: política, economía, medios de comunicación, educación, artes y agricultura (español)*
<http://usinfo.state.gov/espanol/general.htm>
- *Guía histórica de la diplomacia estadounidense (inglés)*
<http://www.state.gov/r/pa/ho/c1799.htm>



**PAS - Public Affairs Section
Embajada de los Estados Unidos
Casilla 425
La Paz, Bolivia**

